

La arborescencia de los libros

Julia Escobar Villegas

Bellevue Hill Park es uno de los muchos parques de Cincinnati, una ciudad del Medio Oeste de los Estados Unidos donde vivo desde hace seis años como estudiante de posgrado. Con los cuatro hilos de su nombre bordo el motivo por el que me gusta: la hermosa vista desde esta colina me relaja y me pone a soñar. Es un rito venir aquí a veces después de la universidad, si el tiempo de cada una de las cuatro estaciones es favorable. Parto de la biblioteca y camino hacia el sur, hacia el centro, hacia el río Ohio. Aquí me detengo, descargo la mochila y miro el horizonte. La ciudad me ha acogido bien, y la quiero, pero no es su panorama lo que me atrae más, sino lo que se pierde de mi vista: los meandros del río rumbo al Misisipi. Sigo con mi imaginación su flujo hasta la confluencia en Illinois, y luego su vertiginoso viaje juntos, como una cascada en el mapa, a la desembocadura en el Golfo de México. Continúo en mar abierto hacia la costa Caribe de Colombia. Cuando la encuentro, mi corazón salta y mis ojos, secos de estudiar, sienten alivio. Sin prisa, por la cuenca Cauca-Magdalena, alcanzo el Valle de Aburrá.

Desde una colina en Cincinnati, vuelvo a las montañas de Medellín. Ahora sé que no me fui hace seis años, sino que empecé a partir mucho antes, de una manera similar a como regreso ahora: soñando con lo que hay más allá de su horizonte de cumbres. Imaginar la marea de la cordillera central y el curso del río Ohio es un rito personal con el paisaje de mis dos ciudades que refleja lo que los libros han significado para mí: tanto expansión como definición de mis propios límites. Aprendiendo a leer, veía una montaña en la letra A, pensando en Antioquia y en los Andes, pero también en los Alpes y los Apeninos, muy lejos del pupi-

tre en el colegio italiano de Envigado donde estudiaba. Los libros se convirtieron en una manera de ir por otros mundos, de imaginar mundos posibles, de conocer, ser o hacer lo que no podía entonces, ni podría en una vida.

En las bibliotecas de mis abuelos cultivé, desde niña, sueños de lejanías y de profundidades: una estaba repartida como colinas aquí y allá en la amplia superficie de esa casa; otra era un gran macizo montañoso en una sola región de aquella casa más pequeña. A la biblioteca en colinas, donde abundaban libros ilustrados como enciclopedias y atlas, tuve acceso ilimitado, pero nunca conversé con mi abuelo materno sobre esos volúmenes en los que intuía la vastedad del mundo de afuera. Mi abuelo paterno era escritor; la cordillera de su biblioteca, el campo de su escritorio y el lago de su pecera me sugerían inmensos mundos interiores. Aunque tenían límites bien definidos —un segundo piso, una escalera, una puerta con llave, un aviso de alta tensión, una terraza, un precipicio, una quebrada—, esos mundos suyos influenciaron el modo en que yo empecé a crear los míos. Mi relación con el padre de mi padre se sembró en la literatura. En el primer libro sobre el que me propuso que habláramos, un poemario de Meira Delmar, resalté este verso de “Olvido”: “y muy quieta la inquieta ambición de caminos”. Así aprendí, con su guía, el significado de “inerte” (“He de quedar tendida bajo la tierra, inerte...”), y me sumergí a conciencia en la contemplación de las palabras.

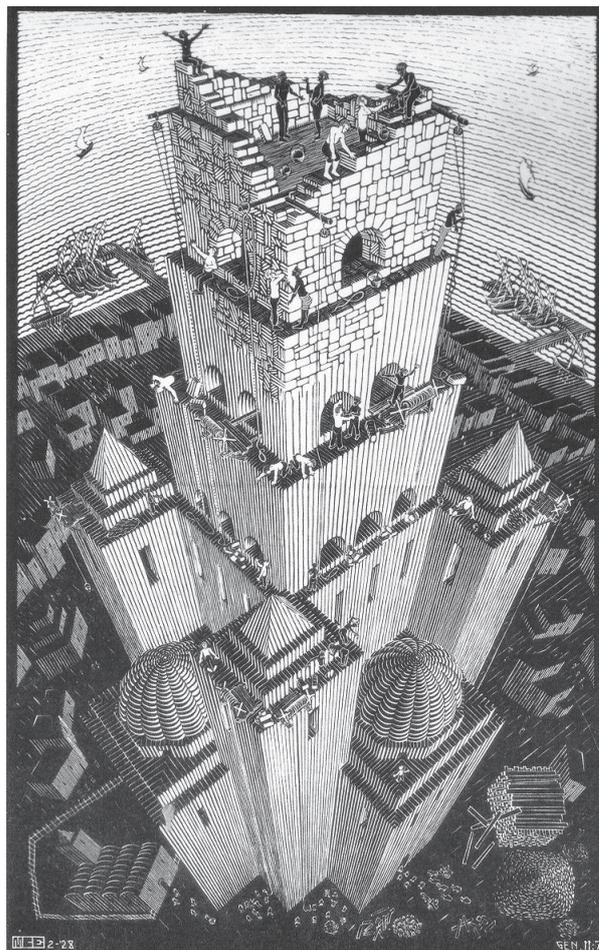
Hoy vislumbro en las curvas del río, entre Ohio y Kentucky el sinuoso camino que emprendí desde ese verso hasta Bellevue Hill Park. En el entretanto, esos paisajes se transformaron. Los libros que levantaban las colinas en la casa

grande se convirtieron en cantos rodados. Ya no existe la casa más pequeña al borde de la quebrada, y el macizo montañoso que fuera su biblioteca se ha elevado en otro lugar recóndito. Cuando salí del valle a recorrer territorios y bibliotecas diferentes, mi propia biblioteca en Medellín afluyó en otra, y a mi llegada a Cincinnati nació una nueva. Por esos sueños de lejanías continuó yendo más allá de mi mundo, al mismo tiempo que lo pongo en perspectiva e incluso en tensión. Pero ahora también riego sueños de cercanías, en los que vuelvo a los lugares de los que me fui y en los que me reúno con quienes ya no están conmigo. En viejos y nuevos textos, en las bibliotecas que frecuento y en las que entro por primera vez, siento voces como las describe Cavafis:

Ideales y profundamente amadas voces
de aquellos que murieron, o de quienes
se perdieron para nosotros como los muertos.
A veces nos hablan en los sueños;
a veces, pensando, la mente los escucha.

4

En la canción de Bill Withers, *Grandma's Hands*, mi abuela materna me acompaña. Visito a mi abuela paterna leyendo el último libro que tuvo en su mesita de noche, y leo su afectuosa carta en la bufanda que tejió para mí. No conocí directamente al padre de mi esposo, pero lo hago a través de sus libros favoritos y su álbum anotado de fotos de viajes a Maine. Me reencontraré con mi suegra en las sagas que disfrutaba leer y en las recetas de su maravilloso libro de cocina, donde su madre está también presente. A menudo me llegan, surgidas aun de pasajes o líneas, las voces de personas cuyo contacto perdí, a quienes abrazo con el pensamiento pese a la distancia que nos pusimos o se nos impuso. Conservo amorosamente algunos libros de la biblioteca del padre de mi madre, y aprendí de memoria sus dos poemas preferidos. Por supuesto, la conversación con mi abuelo paterno sigue en curso: él y yo continuamos hablando a través de su escritura, y también otras personas y yo con él, al cuidar juntas de sus libros como de



M. C. Escher, Torre de Babel, grabado, 1928.

un bosque. A la manera de las conexiones que mantienen los árboles entre sí más allá de sus raíces profundas, esas voces expanden los límites entre mundos:

Y por un momento con su eco otros ecos
regresan desde la primera poesía de nuestra vida,
como música que extinguieran las lejanas
tinieblas.

Cavafis, "Voces".

Julia Escobar Villegas. Nacida en Medellín, es graduada del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia y candidata a doctora en Literatura y Lenguas Romances de la Universidad de Cincinnati. Aparte de estudiar, camina por parques y bosques con Chai, su perrita.